

REFLEJOS

Por Anita Arroyo

¡Al fin Museo!

A Ana Isabel Campaña y al Dr. Octavio Montoro

ANA Isabel Campaña era en 1947 una niña de diez años. Desde su pueblo natal de Banes, participó en un Concurso entre los alumnos de las Escuelas Primarias Superiores, organizado por el Patronato Pro Museo Nacional con la cooperación del Ministerio de Educación, para premiar los doce mejores trabajos sobre la importancia de un Museo. Al obtener uno de los premios provinciales, y además el nacional, vino, junto con los demás triunfadores, a La Habana. Entonces visitó el viejo Museo de la calle de Aguiar. Y comprendió, mejor aún que cuando lo escribió, la necesidad de construir un edificio adecuado para albergar, y más que ello poner a funcionar, nuestro patrimonio histórico y artístico en beneficio de la cultura nacional. Hoy, tras nueve años de tarea colectiva, ya podemos afirmar con orgullo: "¡Al fin tenemos un Museo digno de ese nombre, digno de nuestra historia, de nuestro progreso y de nuestra dignidad como pueblo culto! Para los niños, como era entonces Ana Isabel, para los jóvenes, que son la esperanza de un mañana mejor, fue concebido el Museo que hoy es una hermosa realidad prometedora de un futuro aún mejor. Cúpole en suerte al Museo contar en esta última etapa crucial con un médico eminente para regir sus destinos. Quizás sólo un médico podía poner a funcionar, en un clima de evidente anormalidad, tan complicado y vasto organismo como el actual Museo, concebido como tal precisamente por quienes lo proyectaron, como un organismo vivo, eminentemente dinámico, motor de la cultura nacional y su más importante centro educacional. El Museo Nacional, en la larga, peregrina y pintoresca historia de sus vicisitudes —que debiera escribir su director Rodríguez Morey— ha tenido suerte siempre en los momentos decisivos. En medio de sus miserias, pretéritas han surgido oportunamente hombres claves que le han dado el impulso necesario. Primero, su propio venerable Director, que durante treinta años fue su celoso guardián, en la más bochornosa penuria, sin créditos, —ocho pesos mensuales para compra y restauración de obras—, sin personal —el restaurador del

Museo era una "beca" para una señora que andaba de viaje—, queriéndole robar las obras o cerrar el "rastros-museo". Después, cuando parecía un sueño cambiar aquel fatídico destino, un extranjero, Richard Newman —héroe anónimo— y una muchacha civil y luchadora, toda abnegación, Angela Grau, comienzan a dar carreras y a aglutinar personas. En el Lyceum, sede de tantas empresas nobles, se reúne un gran contingente de personas, desde el Profesor de Historia del Arte de la Universidad —hoy desgraciadamente fallecido, el que debió encauzar esta obra—, hasta el más modesto simpatizador de la causa del Museo. Y surge otro hombre: Tomás Felipe Camacho, primer Presidente del Patronato Pro Museo Nacional, a cuyo dinamismo y entusiasmo se debió el éxito extraordinario de la primera etapa de siembra de una conciencia nacional en favor de la necesidad del nuevo edificio para el Museo. Cuando parecía imposible escoger el lugar ideal, recuerdo que el doctor Camacho convenció al Presidente Grau para que echara a andar la obra en el antiguo Mercado del Polvorín —donde, también recuerdo, un conocido historiador nos había asegurado que jamás lo conseguiríamos— diciéndole que La Habana era como una dama muy elegante con un diamante en una oreja—el Palacio Presidencial—y una cebolla en la otra—el citado Mercado—. El Milagro pudo realizarse gracias a la intervención de otro hombre decidido a impulsarlo: el Ministro San Martín, que comenzó a demoler los viejos muros del Mercado cuando todavía luchábamos con los mesilleros para que se retiraran. Y comenzó la fábrica famosa, cuya historia ya todos conocen. Cada nuevo Ministro cambiaba los planos. Cada nuevo cambio en el Gabinete ponía en movimiento a todo el Patronato. Así fue creciendo la obra, en cuyo arquitecto Rodríguez Pichardo, ésta encontró su más celoso y admirable intérprete y defensor. Cuando parecía destinada a quedarse sin terminar, surgió otro hombre decisivo: González Palacios, quien con Santovenia, segundo Presidente del Patronato y otro gran pilar en la obra, consiguió un crédito de un millón de pesos de la Comisión del Centenario de Martí. Así pudo adelantarse la obra, aunque no concluirse completamente hasta que, en su última etapa, surgió otro hombre decisivo: el doctor Octavio Montoro, quien había obtenido de su paciente, la Marquesa de Pinar del Río, la donación de su valiosa pinacoteca particular para el Museo si él le aseguraba su conservación. La herencia de estos valiosos cuadros, que hoy forman las cinco grandes Galerías de la Colección Rafael G. Carvajal y Ruiz, el grueso de obras más importantes de donaciones hechas al Museo, impuso al sabio médico el deber de velar por ella y de dejarla insta-

lada debidamente en el nuevo local, ya debidamente organizado y regido por un Patronato de Bellas Artes y Museos Nacionales que, si no de absoluta capacidad técnica, no puede dejar de reconocerse autoridad moral y sentido de responsabilidad, que garantizan la continuidad y progreso de esta magna empresa que atañe por igual a todos los cubanos. Obra en realidad colectiva, compleja y delicada la de mantener en función constante, al servicio de la educación y la cultura, el vasto campo de acción del Museo. Inauguradas recientemente sus salas de Pintura, reseñadas en una Guía editada al efecto, el Patronato se propone inaugurar próximamente el Museo Histórico y la parte Afro-Cubana de la Etnología Cubana. De nuestra visita, fugaz por motivos de salud, sacamos la impresión de que se está trabajando con seriedad y salvando todos los obstáculos con que una empresa de esa naturaleza, sin los recursos necesarios, tiene que tropezar a cada paso. Con lo poco con que se cuenta se han hecho verdaderos milagros. Quien haya visitado el viejo Almacén de la Calle de Aguiar y vea ahora este magnífico Museo puede darse cuenta de la ingente tarea que significa mudar, restaurar, seleccionar y colocar convenientemente las obras. Sólo un médico, repetimos, pudo poner en marcha este gigantesco y complicado organismo, vital y decisivo para nuestros destinos nacionales.

AM, m 25/56



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA